

La comprensión lectora y comprensión del contexto: leer desde la Sala Cuna

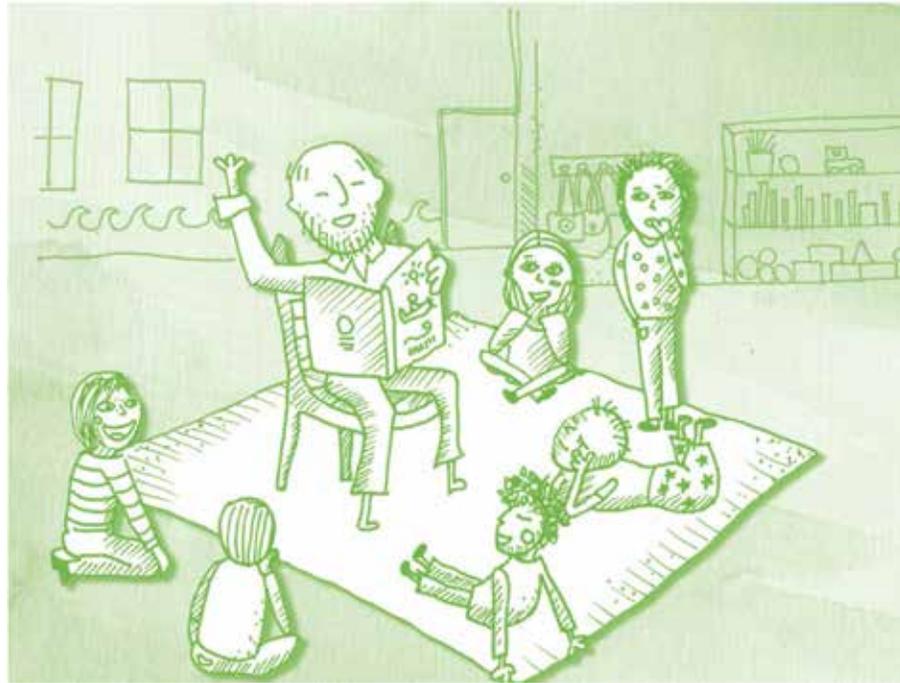
por Desirée López de Maturana L.*

No es un misterio decir, que en Chile las evaluaciones que se han hecho sobre comprensión lectora a estudiantes de distintos niveles del sistema escolar, han sido insatisfactorias. Esta situación ha sido reconocida y difundida a través de diversas instancias como resultados SIMCE, estudios OCDE, PISA, etc. Obviamente es un tema relevante para nuestro país, toda vez que reconocemos que la lectura es esencial para sobrevivir a las exigencias del mundo de hoy y del futuro. Por esta razón se han llevado a cabo distintas estrategias pedagógicas y didácticas para revertir esta situación, como la implementación de bibliotecas de aula, la incorporación e implementación de dispositivos tecnológicos, la creación e implementación del Plan Nacional de Fomento de la Lectura “Lee Chile lee”, entre otras estrategias que desarrollan también los establecimientos como propuestas propias de su proyecto educativo y que dan cuenta del compromiso de los y las docentes por mejorar estos resultados.

Kenneth Pugt (2009; 2016) plantea que debemos tener en cuenta que el lenguaje oral es una especialización biológica; es decir una competencia connatural al ser humano, y por tal razón es dominado naturalmente por casi todas las personas sin mayores instrucciones y, por supuesto, podemos ayudar a desarrollarlo. Diferente es el lenguaje escrito, que es una invención cultural que debe ser aprendida, por lo tanto la lectura y la escritura, son un gran desafío para la plasticidad cerebral. En este punto, fundamentalmente, la Educación Parvularia tiene mucho que decir, toda vez que como señala la Dra. Bedregal (2004) “en los primeros 3 años de vida el desarrollo del cerebro es el eje central del desarrollo integral del niño y la niña, ya que es en este período cuando deben ocurrir los eventos más importantes de su maduración”. Ella agrega que en este proceso explosivo de conexiones neuronales el ambiente cumple un rol fundamental y que la cantidad y el tipo de conexiones que se producen están en gran parte condicionadas por la interacción con este ambiente.

Entonces cabe preguntarse ¿cuándo parte la lectura? Algunos dirán, en primer básico porque no se debe adelantar este proceso y otros dirán que desde la sala cuna debe comenzarse con una estimulación temprana, llenar de palabras, letras la sala de actividades y de palotes los cuadernos de los párvulos e incluso, empañarse en que los lactantes tomen libros para asegurar que sean a futuro buenos lectores. Aquí cabe otra pregunta, ¿qué vamos a entender por lectura?, ¿la sola decodificación de signos? o ¿consideraremos también la manera cómo se realiza el proceso de generación de sentido? Sin duda que la respuesta nos obliga a tomar una opción epistemológica. Por ende metodológica y didáctica.

Para ayudar a resolver esta disyuntiva, vale recordar las palabras que Gabriela



M. Cristina Ponce, *Juego, educación y libertad*, Ediciones de la JUNJI, Santiago, 2014.

Mistral escribió a su madre, donde le reconoce y agradece su presencia cotidiana, educativa y amorosa desde que la mecía en sus brazos, y que sin ninguna pretensión más que demostrarle su enorme cariño, la llevó a ser una de las más grandes oradoras y poetisas. Ella dice, “...en esas canciones, tú me nombrabas las cosas de la tierra: los cerros, los frutos, los pueblos, las bestiecitas del campo, como para domiciliar a tu hija en el mundo, como para enumerarle los seres de la familia, ¡tan extraña!, en la que la habían puesto a existir. Y así, yo iba conociendo tu duro y suave universo: no hay palabrita nombradora de las criaturas que yo no aprendiera de ti. Las maestras sólo usaron después de los nombres hermosos que tú ya habías entregado...”

En estas líneas, se puede leer el gran valor que tiene para el desarrollo del lenguaje natural y cultural, la construcción temprana del colchón semántico, que se logra por el fortalecimiento de la oralidad, acompañada de la emoción que provocan las experiencias vividas que devienen luego, en el o los sentidos que daremos a la palabra escrita; sin esta provisión de sensaciones, evocaciones, emociones, subjetividades y sueños que permite la oralidad, podemos estar atribuyendo un pseudo éxito a una lectura que responde a la enseñanza de las letras y su decodificación mecánica, carente de sentido y significado, que es la verdadera definición de la lectura.

Cuando observamos con atención a los niños y las niñas desde que nacen, vemos cómo responden al entorno sonoro, a los estímulos que le provocan placer o displacer, cómo cada vez van buscando nuevas estrategias para apropiarse del mundo que les rodea con total asombro y se van haciendo parte de él, al mismo tiempo que construyen su propio pensamiento. Otor-

garle sentido y relevancia al conocimiento cotidiano que sucede por nuestra propensión natural a aprender, en relación al conocimiento cultural “formal”, es reconocerlo como un ingrediente fundamental en la generación de este último.

A propósito, contaré que en una oportunidad, una educadora narraba un cuento a los párvulos de su nivel, cuyas edades no superaban los tres años. Ella era muy expresiva, usaba los silencios, las entonaciones, los ritmos, los gestos y todos aquellos recursos que acompañan la oralidad; uno de los niños estuvo mirándola fijamente, parecía totalmente concentrado en la historia. Luego, al conversar con él, su atención no había estado precisamente en el contenido del cuento, sino en lo prosódico, en la forma en que la educadora había narrado, en las herramientas que usó para transmitir y comunicar. Sus comentarios fueron, “me gusto cuando la tía hizo así...” y cuando dijo...”, “cuando hablaba bajito”, etc. Si la evaluación de esa experiencia requería comentar sobre el contenido del cuento, probablemente en la pauta de evaluación este niño habría sido calificado con un “no logrado”, pero es muy probable también, que haya alcanzado para sí, un real y profundo aprendizaje sobre algunas dimensiones lingüísticas que le permitirán ir configurando sus propias formas de expresar y comprender un mensaje hoy día oral y mañana escrito.

En este sentido, la Educación Parvularia tiene la gran fortaleza de convivir a diario con seres humanos genuinos que viven la experiencia con todo su ser, que como ya se dijo, se asombran y se maravillan de sus propios descubrimientos y creaciones; que sin duda por lo mismo, están “leyendo” permanentemente. Al respecto, Osho (2005), hace alusión a las parábolas que sostienen que el hombre vi-

vió una vez en el paraíso y luego, por alguna razón, fue expulsado de él, para referirse a que todo hombre, nace en un edén que después pierde. Pierde la inocencia, el asombro, la experiencia de la verdad y “de la hermosa danza de la vida en todas las cosas”; luego vive permanentemente buscando el paraíso que no está en otra parte, más que en la propia infancia. Esta búsqueda se vuelve cada vez más infructuosa, puesto que queriendo encontrar respuestas conceptuales de lo que no es conceptual, vamos construyendo una verdad fragmentada, mal hecha a pedazos, pero posible de definir. Nos vamos acomodando dentro de una coraza de saberes adultos que nos alejan cada vez más de la conciencia incondicionada infantil. Asimismo, la lectura se ha ido restringiendo, se le ha ido dando cada vez más valor a la decodificación de signos y a la velocidad con que esto ocurre dentro del marco de una asignatura, más que a la articulación de dos dimensiones humanas, la biológica y la cultural, que pueden desarrollarse desde muy temprano. Esta situación lamentablemente ha permeado el currículo de la educación parvularia en algunos niveles y establecimientos educacionales, que han llevado a sus niños y niñas a leer el mundo natural y social, a través de imágenes de un libro y dibujos de signos arbitrarios en un cuaderno, privándoles de la experiencia maravillosa de conocer y reconocerse en su propio entorno.

Desde este punto de vista, surge como tema fundamental la epistemología infantil, que pone la mirada en una percepción de niño como ser integral e integrado a su entorno natural y social, incluso desde antes de nacer.

Reyes (2006) nos interpela diciendo que a pesar de que el mundo actual parece movido por semejante aliento fantástico tan cercano al pensamiento infantil, metafórico y creativo, la educación formal parece no haberse percatado de ello, dado que si nos valemos de la estadística para contar cuántos “identificar” o “reconocer” hay por cada “inventar” o cuántos “analizar” hay por cada “crear”, y en el ámbito específico de la literatura, cuántos “expresar nuestras ideas” hay por cuántos “sintetizar las ideas de otros”, encontraremos un alarmante desequilibrio, que entrena a niños y niñas para ser más receptores que productores, más repetidores que transformadores y creadores de cultura.

En nuestro país estamos viviendo una reforma educacional que ha reconocido a la educación parvularia como el primer peldaño del sistema educacional. Esto no solo es una excelente noticia, sino que exige de quienes tenemos la tarea de orientar la elaboración y la implementación de currículos, reformar también nuestra mirada para dar un salto cualitativo que nos permita pasar de un sistema tecnocrático a un sistema más humano, inclusivo y pertinente, para que acompañemos a los niños y niñas a leer su mundo desde la sala cuna. ■

*Vicepresidenta Ejecutiva de la JUNJI.